

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA, SEMINARIO DE HISTORIA DE LA MEDICINA ESPAÑOLA

Profesor: Dr. LUIS S. GRANJEL.

El Hospital del Nuncio, "el Greco" y las letras españolas

Doctor RAFAEL SANCHO DE SAN ROMAN

I

EL Hospital del Nuncio, de Toledo—también llamado de la Visitación o de «Inocentes»—, debe su nombre al fundador, Francisco Ortiz, canónigo de la Primada, arcediano de Briviesca, protonotario del reino y Nuncio apostólico de Su Santidad; este santo varón concibió en 1480 el proyecto de establecer «en casas de su propiedad» un hospital para enfermos mentales—conocidos entonces por el piadoso apelativo de «inocentes»—, institución que había de ser una de las primeras que a tal objeto se crearan en España, nación que, como es bien sabido, ostenta el priorato en la fundación de nosocomios (1). Años más tarde, primero Corte, luego sin ella, Toledo vive sus mayores días de esplendor (2); el prestigio ingénito del establecimiento se ve reforzado por el de la ciudad, y, por si esto fuera poco, las mejores plumas españolas del Siglo de Oro llevarán su nombre hasta donde llegó la fama de su obra.

La historia del *Nuncio*—como aún le llama el pueblo toledano—se halla ligada como pocas a personajes y hechos sobresalientes de las artes y las letras; y así, vemos cómo aquel delicioso poeta y ferviente enamorado que fué el toledano Garcilaso corría su primera aventura, a los dieciséis años, con una penitencia habida, en unión de otros compañeros, en el patio del hospital; como consecuencia, le serían incautadas las armas, siendo desterrado por tres meses (3). Algo más de medio siglo después, arribará a Toledo el pintor cretense Theotocópuli; Cossío y Maraón, fidedignos comentaristas suyos, y aun la tradición popular, sugieren que sus pinceles se acer-

caron al *Nuncio* para captar manos crispadas, extáticas miradas y arrebatadas expresiones, que plasmaría en lienzos inimitables; de modo preferente en su «Apostolado».

II

Maraón, el mayor enamorado que ha tenido Toledo en los últimos tiempos, ya hizo notar cómo las escasas noticias que poseemos acerca de la vida de los locos en esta institución, han de buscarse en los escritores pertenecientes a la época gloriosa de las letras españolas; viajeros uros, habituales otros en la ciudad del Tajo, el hospital lo conocieron todos, sin duda. Resumiremos en el presente trabajo los más significativos textos, recogidos de aquellas obras que ofrecen más explícitas menciones. Son estas *Los tres maridos burlados* (4), de Tirso, el sutil mercenario; el *Quijote apócrifo* (5), de Avellaneda, que concluirá en el *Nuncio* sus andanzas, y finalmente *La famosa toledana* (6), comedia en la que Juan de Quirós nos dejará las más directas y extensas referencias que posiblemente se escribieron sobre el célebre nosocomio toledano. Se citará, además, esporádicamente un auto sacramental del maestro Josef de Valdivielso—de cuyo nacimiento se celebra por cierto en este año el cuarto centenario—que lleva por título *El Hospital de los locos*, pues si bien en él no se dan noticias concretas de la institución, es casi seguro que de ella tomó datos para su redacción (7).

(4) Biblioteca de Autores Españoles, tomo XVIII, páginas 481-490. Madrid, 1864.

(5) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Compuerto por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas. B. A. E., tomo XVIII, págs. 1-115. Madrid, 1864.

(6) Esta preciosa comedia, escrita en 1591, fué publicada por la insigne erudita inglesa Rachel Alcock en la *Revue Hispanique*, tomo XLI, Nueva York-París, 1917. La jornada II transcurre, en gran parte, en el Hospital del Nuncio, y tan sólo a ella nos referimos; por no estar fragmentada en escenas, las citas remiten a las páginas de la publicación que se menciona.

(7) *El Hospital de los locos*. B. A. E., tomo LVIII, páginas 257-269, Madrid, 1865. Además de esta obra, Valdivielso es autor de otras dos piezas teatrales de sugestivo título a nuestro propósito: *La locura* y *Los locos de Toledo*; las hemos buscado afanosamente, pero sin resultado. Barrera sugiere la identidad de esta última con *El Hospital de los locos*, lo que, leída esta segunda obra, nos parece poco probable.

(1) Anteriores a Toledo son: Valencia (1410), Zaragoza (1425), Sevilla (1436).

(2) Que este esplendor de la ciudad no decae con el éxodo cortesano, sino años después, con el general declinar de España, es hecho que han resaltado oportunamente Cedillo, Camón y Gregorio Maraón.

(3) Cfr. Francisco de B. San Román: *Garcilaso, desterrado de Toledo* (*Boletín de la R. A. de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, año II, núm. 5, págs. 193-199, octubre de 1919). En esta algarada se disputa la posesión del Patronato del Hospital, que desde su fundación ejercía el Cabildo primado. San Román opina que este suceso no afecta solamente a la historia particular del Nuncio, sino que forma parte del ya iniciado movimiento de las Comunidades (el hecho acaece en 1519).

III

Nadie como Avellaneda dibujó el penoso cuadro que ofrecían los «dementes» encerrados en exiguos aposentos—que no sin razón se llamaban «jaulas»—y cargados de cadenas:

«... se quedó solo en el patio Don Quijote, y mirando a una parte y a otra, vió cuatro o seis aposentos con rejas de hierro, y dentro dellos muchos hombres, de los cuales unos tenían cadenas, otros grillos, y otros esposas, y dellos cantaban unos, lloraban otros, reían muchos, y estaba en fin allí cada loco con su tema.»

(Avellaneda: *Op. cit.*, cap. XXXVI, pág. 113.)

Sin embargo, no le cupo mala suerte, en lo que cabe, a Don Quijote, pues, como añade su historiador:

«... en breve rato le metieron en uno de aquellos aposentos muy bien atado, do había una limpia cama con su servicio.»

(*Ibid.*, pág. 114.)

Tirso de Molina comentará la pequeñez de sus «jaulas»:

«Si mis celos me han buuelto loco, y para curarme me han traído al Nuncio de Toledo? Que la estrechez deste aposento más parece jaula que hospedería.»

(Tirso: *Op. cit.*, pág. 488.)

Valdivielso resaltaré también la presencia en el nosocomio de sus «jaulas» y «cadenas» (*Op. cit.*, escena XVIII), y estas últimas figuran igualmente en el *San Bartolomé*, ejemplo máximo de extravío entre las pinturas de «el Greco». Como final, una patética descripción que debemos a Quirós:

¿No miraste qual estaua
y la cara que tenía,
los ojos desencassados,
metido en su rratonera,
sacado el hocico fuera
como los demás atados?

(Quirós: *Op. cit.*, pág. 169.)

IV

A retazos compondremos un boceto de los enajenados que poblaban el *Nuncio* en aquella época: flacos—«sois muy gordo para loco», dirá Quirós—, rapados de barba y cabellos, según dice Tirso:

«... a navaja quitan los cabellos y barbsa a los locos y a los galeotes; la mía me sacará deste temor... Echó mano a ella, y hallóla típle haviéndola él criado con trabajo... Lloró su juicio rematado, temiéndose por conventual del Nuncio.»

(Tirso: *Op. cit.*, pág. 488.)

Para cubrir sus mondas cabezas, debieron usar algo que Valdivielso llama «capirotes de loco»; de sus vestidos, también peculiares, no sabemos sino lo que Tirso cuenta:

«... los locos que él havia visto en Toledo andavan vestidos de ropas burieladas» (8).

(*Ibid.*, pág. 488.)

Al parecer, esto no contaría para los clérigos, que no se librarán, en cambio, de «jaula» y «cadenas», según vemos en una curiosa escena del falso *Quijote*:

«... se llegó bien a una de aquellas rejas, y mirando con atención quién estaba dentro, vió un hombre puesto en tierra en cuclillas, vestido de negro, con un bonete lleno de mugre en la cabeza, el cual tenía una gruesa cadena al pie y en las dos manos unos sutiles grillos

(8) Según la Real Academia de la Lengua: «paño pardo del color natural de la lana».

que le servían de esposas; estaba mirando de hito en hito al suelo tan sin pestañear, que parecía estaba en una profundísima imaginación.»

(Avellaneda: *Op. cit.*, pág. 113.)

V

El castigo físico no debía ser infrecuente, pues lo recogen todos; cuando menos, en ocasiones, se haría por medio de un «azote», también llamado «rebenque» por Valdivielso. A continuación unos textos demostrativos:

Tratadle con aspereza
al loco, que desa suerte
templa al asidente fuerte.

(Quirós: *Op. cit.*, pág. 153.)

¡Oh locos desvanecidos!

temerarios, atrevidos!

.....

Yo os castigaré después
en vuestras jaulas metidos.

(Valdivielso: *Op. cit.* Escena VII.)

«... le han engañado estos ladrones de guardianes para echalle una muy buena cadena y dalle muy gentiles tundas hasta que tenga seso, aunque le pese, pues lo mismo han hecho conmigo.»

(Avellaneda: *Op. cit.*, pág. 113.)

No obstante, es curioso cómo el primer cronista toledano, Pedro de Alcocer, tacha de excesivamente humanitarios a los cuidadores del *Nuncio*, en un interesante texto que, pese a caer fuera del objeto de este breve trabajo, nos parece oportuno transcribir:

«Pocos guarecen perfectamente, por ser casi incurable este mal; y que tiene más necesidad de áspero castigo y continua atadura que de otra cosa: mayormente los que de ellos son furiosos; y por faltar este castigo, y ser humanos los que le habían de hacer, guacen pocos de esta enfermedad» (9).

VI

Una típica escena de los antiguos nosocomios es descrita ampliamente en la jornada II de la comedia de Juan de Quirós. Toledo está en vísperas de sus fiestas patronales; las «gigantillas» danzan por las calles de la ciudad, y las ceremonias catedralicias han concluído; unos aldeanos—cosa común en ellos, al parecer—aprovechan su estancia en la capital para acercarse al inmediato Hospital del Nuncio (10), en donde mediante una propina entregada al «loquero» (11) podrán «gozar» del espectáculo dado por unos cuantos orates ensartando disparates:

(9) Pedro de Alcocer: *Historia, o descripción de la Imperial Ciudad de Toledo*, fol. CXX, v. Toledo, 1554.

(10) El actual emplazamiento data de 1790, en que Lorenzana—uno de los más ilustres cardenales que ha tenido la Sede Primada—decide levantar, en sitio distante, un edificio de nueva planta. Hasta entonces, la institución ocupa un solar cercano a la catedral, en lo que hoy llaman Nuncio Viejo. Sin embargo, tampoco debió ser ésta su primitiva localización, pues, según ha demostrado el señor García Rodríguez, al menos en vida del fundador, moró en las casas de éste, situadas en las afueras de la ciudad, junto al adarve de Atocha, algo que hoy conocen los toledanos con el nombre de Puerta Nueva.

(11) Debí ser proverbial esta preocupación «financiera» de los asistentes del Nuncio. Don Alvaro, que durante su estancia en Toledo colma de cuidado al Quijote apócrifo, hubo de gratificarles ampliamente a su ausencia: «Obligó con no pocas dádivas a que hiciesen lo mesmo a los sobrestantes de la casa» (Avellaneda: *Op. cit.*, pág. 115).

Porque entran los aldeanos
esta tarde a ber los locos.

¿No bes que la gente passa
azia el Nuncio por aquí,
y ban saliendo villanos
de la iglesia a ber los locos?

(Quirós: *Op. cit.*, págs. 157 y 158.)

Pero ya tenemos a los «villanos» en el portal; las mujeres, que melindrosas no querían pasar, han sido por fin convencidas; cinco «inocentes» entran en escena conducidos por «un hombre que guarda los locos, que llaman loquero»; éste se dirige a los aldeanos:

Sí me dan para beber
dexarselos aquí un poco,
mas miren que hay aquí un loco
que les dará en que entender.

(*Ibid.*, pág. 161.)

Ellos le darán el dinero convenido, pero rogándole no se vaya:

Porque las mugeres son
endevles de condición
y, como le bean salir,
no abrá diabros que las tenga.

(*Ibid.*, pág. 161.)

Seguidamente le incitan a que provoque sus desvaríos:

Abre, con ellos; veamos
porque nos de por rreyr.

(*Ibid.*, pág. 161.)

Los cinco locos entre sí, y con los «villanos», dan lugar a un notabilísimo coloquio en que son perfectamente reconocibles delirios, estereotipias, alucinaciones, etc. El final de esta escena era de esperar; acontece cuando los aldeanos pretenden burlarse de los orates, y éstos la emprenden a mojicones con aquéllos, que, escarmentados, escapan diciendo: «¿Quién diabros nos metió aquí?»

VII

Aunque parezca extraño, son optimistas, por lo general, las noticias acerca de las curaciones habidas en el Hospital del Nuncio; particularmente explícita es una cita del *Quijote* apócrifo:

«Señor Martín Quijada, en parte está vuesa merced adonde mirarán por su salud y persona con el cuidado y caridad posible; y advierta que a esta casa llegan otros

tan buenos como vuesa merced, y tan enfermos de su propio mal, y quiere Dios que en breves días salgan curados y con el juicio entero que al entrar les faltaba.»

(Avellaneda: *Op. cit.*, pág. 114.)

Más adelante, un rasgo de piedad brota del implacable Avellaneda, y que, por cierto, no quisieron ver sus detractores:

«... barruntos hay, y tradiciones de viejísimos manchegos, de que sanó y salió de dicha casa del Nuncio.»

(*Ibid.*, pág. 115.)

VIII

Burla, castigo, incompreensión para el loco, es cuanto se desprende de los textos que anteceden. ¿Por qué? Pero hay más. Una mente refinada, la de Valdivielso, nos legará un auto sacramental terriblemente significativo. *El Hospital de los locos* se representa en un escenario constituido por dos carros; el primero de ellos, que viene a simbolizar el «imperio del bien», es un torreón almenado: en él habita 'El Alma', que vive «holgándose en ver» a 'La Razón'. El otro o «fortaleza del mal» simula una casa de orates, «hospital con puerta y reja»: su rector es 'La Culpa', guardián 'La Locura' y locos pululantes 'Luzbel', 'La Gula', 'El Género Humano', 'La Invidia', 'El Mundo Imaginativo' y 'La Carne'.

En el desarrollo de esta pieza, 'El Alma', pervertida, será cargada de cadenas y encerrada en una «jaula» de este Hospital, de la que no saldrá hasta que no llegue su conversión y arrepentimiento. No nos adentraremos en considerar las muy interesantes agudezas teológicas y psicológicas de la obra que se cita, pero sí queremos llamar la atención acerca del posible significado de esta metáfora sutil que no puede obedecer a mero capricho.

En otro plano, el patético San Bartolomé de 'el Greco' sujeta con su mano izquierda un demonio encadenado. ¿Qué cabe pensar de todo ello? Una sola interpretación parece perfilarse nítida: la locura es el último reducto de la concepción mágica del enfermar; ya el enfermo únicamente se concibe como pecador en las enfermedades mentales. La imagen demoníaca del enajenado vibra latente en la mente de la época. La ciencia habrá de recorrer aún un largo trecho, para que la locura sea considerada como una enfermedad más, y el Nosocomio se convierta de prisión de orates en 'colectividad terapéutica'.

